

LA VIOLENCIA REVOLUCIONARIA EN LAS URBES COLOMBIANAS DE LOS SESENTA

Carlos Fernando López de la Torre *

RESUMEN

El presente trabajo pretende abordar los primeros acercamientos que los movimientos armados tuvieron con el espacio urbano colombiano en la década de los sesenta y las problemáticas que se les presentaron al incursionar en este entorno cuando estos grupos surgieron en el campo a partir de la teoría del foco guerrillero. Se presenta el contexto en el cual surgió la violencia revolucionaria y el papel que las ciudades tuvieron en la lucha armada, centrándose el estudio en las acciones realizadas por grupos procastristas o de influencia cubana como el ELN y en los de pensamiento maoísta como el EPL.

PALABRAS CLAVE: Colombia, sesentas, violencia revolucionaria, ciudades, guerrillas.

CONTEXTO HISTÓRICO: LOS SESENTA Y LA VIOLENCIA REVOLUCIONARIA EN COLOMBIA Y LATINOAMÉRICA

La década de los sesenta marcó un punto de inflexión cultural a nivel mundial. La generación de estos años, hija de la modernización y de los convencionalismos surgidos tras la Segunda Guerra Mundial (SGM), le cuestiona a sus padres los valores asentados. Estas interrogantes llevan a una frustración respecto al orden existente, dando como resultado la génesis de una serie de subjetividades que marcaron el espacio político y cultural de la década. Este fenómeno permitió el surgimiento de una “nueva izquierda” en Latinoamérica, crítica de la “vieja izquierda”, representada por los partidos comunistas, que no llevó a la práctica la revolución.¹ El triunfo de la Revolución Cubana en 1959 marcó fuertemente, en el sentido de época, la creencia de que una revolución transformaría inevitablemen-

* Estudiante de Licenciatura en Estudios Latinoamericanos - CELA-FFyL-UNAM.

1 La definición del concepto de izquierda es, probablemente, una de las labores más complicadas para los estudiosos del tema, debido a los cambios históricos y a los abordajes que pueden realizarse sobre su categorización desde los estudios políticos y filosóficos. Lo cierto es que, tanto la derecha como la izquierda, son posiciones dentro de espectros políticos bastante amplios y plurales, por lo que es necesario tener en consideración que no hay una sola izquierda como tampoco hay una sola derecha. En este trabajo, se utilizan las nociones de “nueva” y de “vieja” izquierda acorde al plano ideológico que el sentido de época les otorgó durante el espacio temporal estudiado, es decir, la “nueva izquierda” aparece como la respuesta de sectores marxistas y nacionalistas que se opusieron a la burocratización, al reformismo y a la falta de acción para realizar un cambio estructural del sistema por parte de los “viejos” representantes de la izquierda, simbolizados en los partidos socialistas y comunistas.

te el sistema político imperante en los países latinoamericanos.² Esta revolución, para que fuese realizada rápida y radicalmente, debía basarse en la violencia, la cual adquirió un significado redentor. Dentro de esta lógica comenzaron a operar en Latinoamérica diversos grupos que bajo la lucha armada esperaron transformar las estructuras políticas y socioeconómicas mediante una violencia revolucionaria, entendida como aquellas acciones armadas que poseen un tinte político, de ahí su diferencia respecto otros tipos de violencia, que van dirigidas contra un régimen y sus actores, adquiriendo su papel revolucionario en el sentido que se le dio en la época: el ataque al poder de un gobierno visto como opresor desde una postura que buscó un cambio radical.

Para comprender el fenómeno de la lucha armada en Colombia y el resto de la región es necesario trasladarse a la década de los treinta, cuando se experimentó, a grandes rasgos, un crecimiento y desarrollo económico que trajo consigo las contradicciones propias de la industrialización y la modernización aceleradas, proceso resultante cuando las sociedades van experimentando cambios socioeconómicos que el sistema político es incapaz de captar dentro de sí, situación que deviene inevitablemente en tensiones sociales que radicalizaron a los grupos excluidos del sistema.³ Para los años sesenta, salvo contadas excepciones como México y Brasil, los países latinoamericanos vivieron un proceso de estancamiento económico que exacerbó dichas contradicciones. Los sectores que adoptaron un discurso revolucionario (estudiantes universitarios, intelectuales de izquierda, miembros de estrato medio del clero) vivieron dentro de estos procesos de cambio acelerado y modernización, creadores de nuevas condiciones de desigualdad y marginación.

Atendiendo el caso colombiano en concreto, buena parte de la modernización del país inició en la década de los veinte con las exportaciones del café, del cual la economía del país se volvió sumamente dependiente hasta los años setenta. Dicha dependencia trajo problemas a partir de 1940, cuando el cierre del mercado europeo por la SGM estancó las exportaciones, limitando un crecimiento económico que había acelerado el fenómeno modernizador, visible en la industrialización y

2 Para el espacio temporal estudiado, la revolución debe entenderse como el anhelo de ciertos sectores de transformar la política de forma radical, de realizar cambios estructurales de fondo al sistema considerado oligarca, represor, colonialista y representativo del imperialismo. Dos de las principales características del concepto de revolución manejado en los sesenta y setenta, dadas al calor de los debates de los intelectuales de izquierda que se comprometieron con alguna militancia política, fueron su carácter mesiánico y profético, construyéndose de tal forma la idea de que los cambios radicales que se estaban desarrollando en el mundo, particularmente en el denominado Tercer Mundo, eran inevitables, creencia que incluso fue adoptada por los defensores del orden existente como el senador Robert Kennedy, quien en 1966 declaró abiertamente que "Se aproxima una revolución en América Latina [...] Se trata de una revolución que vendrá querámoslo o no. Podemos afectar su carácter pero no podemos alterar su condición de inevitable". [Citado en Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina, 2003, 43.]

3 Samuel Huntington, "Revolución y orden político" *El orden político en las sociedades de cambio* (Barcelona: Paidós, 2001) 237.

el desarrollo de redes comunicacionales en el país. Por su parte, el modelo proteccionista de sustitución de importaciones, aplicado al finalizar la guerra y que promovió la industria y el crecimiento de las urbes, mostró una serie de problemas y deficiencias para las décadas de los sesenta y setenta, entre ellas la dependencia de los ingresos cafeteros, un plan industrial poco definido, dependencia de tecnología y materias primas importadas y la falta de especialización en las distintas ramas industriales.⁴ Como resultado, Colombia vivió un estancamiento económico que agudizó las contradicciones de la modernización, situación que impactó en ciudades como Medellín, que después de tener un apogeo industrial entre 1940 y 1956, su vida económica desaceleró, trayendo consigo fenómenos como desempleo y marginalidad, agudizados con la migración del campo a la ciudad.⁵

La cerrazón del sistema político terminó por radicalizar a los grupos afectados y excluidos por la modernización. En 1957 se constituyó el Frente Nacional, pacto bipartidista entre los partidos Liberal y Conservador creado como reacción a las pretensiones del general Gustavo Rojas Pinilla de extender su mandato (1953-1957) por un periodo más. El pacto planteó la alternación de estos dos partidos en el poder a partir de 1958 y hasta 1974, si bien su desmonte fue gradual y se prolongó hasta 1990. Al permitir únicamente la participación política de los partidos tradicionales de Colombia, el Frente Nacional excluyó del juego político a la oposición. Toda exclusión política genera radicalización, visible en los diversos movimientos sociales que surgieron como protesta contra el Frente Nacional, entre los que destacaron las movilizaciones estudiantiles y las guerrillas revolucionarias. Fue medida común de los gobiernos del Frente reprimir con mano dura toda organización social que no fuera funcional al pacto bipartidista, acusándola de ser producto de la “infiltración” comunista en el país.⁶ Este accionar permite observar cómo la represión que ejerció el Frente Nacional se encuentra como elemento implícito dentro del pacto bipartidista, que al excluir a la oposición de la participación política justificó la opción armada para los sectores más radicalizados, convencidos de que los cambios deseados no se lograrían por medio de vías políticas tradicionales.

Como se mencionó en párrafos anteriores, la Revolución Cubana se convirtió en el modelo de la lucha armada en Latinoamérica, propagándose la teoría del foco insurreccional guerrillero como la táctica capaz de derrotar a los sistemas

4 Marco Palacios, “País de ciudades” *Colombia. País fragmentado, sociedad dividida. Su historia* (Bogotá: Grupo Editorial Norma, 2002) 575.

5 Marco Palacios, “País de ciudades” 556.

6 Mauricio Archila Neira, *Idas y venidas, vueltas y revueltas. Protestas sociales en Colombia, 1958-1990*, (Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Centro de Investigación y Educación Popular, 2008) 92.

oligárquicos tradicionales. La teoría del foco postula la aparición de un pequeño núcleo armado en alguna zona rural, el cual buscaría actuar como catalizador del descontento popular y con ello esparcir el germen revolucionario hasta lograr el derrocamiento del régimen. El desarrollo práctico de la teoría del foco, inspirada en los escritos de Ernesto “Che” Guevara y de Régis Debray, dio como resultado la aparición de las principales fuerzas revolucionarias beligerantes de la época, si bien la mayoría desapareció al poco tiempo por la incomprensión de las condiciones locales que impidieron la propagación del proyecto insurgente.⁷

Los defensores del foquismo concibieron al campo como el lugar central para realizar la revolución. En contraste, la ciudad adquirió un papel menor en este proceso, siempre subordinada a las acciones que la guerrilla realizara en el campo. Las ciudades eran vistas como lugares de rebelión importantes, sin embargo, la presencia en ellas de los poderes políticos a derrocar dificultaba su expansión y facilitaba su debilitamiento e incluso cooptación por parte de los gobiernos. Por tanto, se consideró impensable la creación y operación de una guerrilla en las ciudades, sobre todo porque muchos actos de violencia gestados en éstas, como los atentados con bombas molotov, tuvieron un carácter aislado y esporádico que no beneficiaba a la revolución, por el contrario, la perjudicaba. Debray fue muy enfático en esta cuestión al considerar “que el terrorismo de ciudad no puede desempeñar ningún papel decisivo y que entraña a la vez algunos peligros de orden político”, salvo que éste se encuentre vinculado a la lucha en el campo.⁸ Anulado el valor político de las acciones violentas en la ciudad, las actividades debían enfocarse en el trabajo político de masas que difundiera la existencia y los propósitos de la guerrilla rural, así como la obtención de recursos que permitieran a la gente en el campo continuar con la lucha.

Como puede verse, el papel que se le otorgó a la ciudad dentro de la violencia revolucionaria fue secundario, más logístico que operativo. Sin embargo, las contradicciones propias del teoricismo de quienes defendieron el foco guerrillero con la realidad marcaron la necesidad de los grupos armados de incursionar en las ciudades. En primer lugar, no se midió el impacto que las labores contrainsurgentes y la misma violencia revolucionaria causaron en la población, provocando a mediano plazo un entorno de terror que aisló a la guerrilla de su base

7 En primer lugar se encontraba el origen social de quienes formaron los focos, jóvenes estudiantes y miembros de las clases medias de las urbes, quienes no tenían un conocimiento profundo del campo y del terreno al cual se adentraron. Esta dificultad les impidió formar los cuadros políticos necesarios para irse insertando en el ámbito nacional. De igual modo, el mito de la continentalización de América Latina bajo unos mismos principios ocultó la diversidad política y socioeconómica de los países, por lo que los lineamientos desarrollados en Cuba quedaban invalidados en la práctica. Por último, el aislamiento producido por la incapacidad política del foquismo de crear un contacto firme con las masas, junto con los golpes asestados por la contrainsurgencia, ayudaron a desmantelar rápidamente la mayoría de los focos.

8 Régis Debray, “¿Revolución en la revolución?” *Ensayos sobre América Latina*. (Distrito Federal: Ediciones ERA, 1981) 215.

social, lo cual la condenaba irremediabilmente al fracaso, situación que el propio Debray entendió mal al criticar las autodefensas campesinas que dieron origen a las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC).⁹

En segundo lugar, no se entendió correctamente el papel de los campesinos como sujetos revolucionarios y la serie de transformaciones que atravesó el campo durante los sesenta. Samuel Huntington visualizó que el campo poseía un papel variable, ya que tanto podía generar una situación revolucionaria como mantener la estabilidad del sistema.¹⁰ Esta cuestión es importante porque, históricamente, las revoluciones y resistencias desarrolladas en el campo son contrarias al cambio, más cuando éste es acelerado. Son movimientos que buscan el retorno a una situación anterior, concepción totalmente opuesta al sentido de época de los sesenta, en donde la violencia revolucionaria se concibió como un instrumento para construir un nuevo mundo. La diferencia de percepciones entre el campesinado y los nuevos actores revolucionarios creó un choque de intereses que fue difícil sortear.

Para desgracia de las guerrillas foquistas, el campo latinoamericano sufrió una serie de cambios en los sesenta que lo llevaron a no ser el escenario revolucionario que se creyó en ese entonces. El fenómeno modernizador aumentó las contradicciones dentro de este espacio, recrudecidas por el aumento demográfico de su población, generando un empeoramiento en las condiciones de trabajo y de bienestar, agravado en la mayoría de los países latinoamericanos que no lograron realizar una reforma agraria contra las oligarquías terratenientes y los latifundios. La situación llegó al punto crítico en el que los campesinos comenzaron a migrar a las ciudades, lo que redujo las tensiones en el campo y estabilizó a este sector social al ver satisfechas sus aspiraciones (servicios, educación, trabajo).¹¹

La migración tuvo dos consecuencias claras. La primera es que mostró los límites del espíritu de rebeldía de la época, ya que el traslado masivo de gente del campo se expresó en votos para los sectores progresistas y reformistas que no

9 Debray consideró que la guerrilla revolucionaria tenía que ser clandestina e independiente de la población civil, permitiéndole ello la destrucción progresiva del enemigo. Para contrarrestar el accionar contrainsurgente, la guerrilla debía de poseer movilidad en una extensión territorial amplia, de tal forma que fuera difícil acabar con ella, lo que aseguraba a su vez la protección de los guerrilleros y de los civiles. La principal molestia que Debray tuvo con las autodefensas campesinas fue su carácter defensivo, ya que una guerrilla debe ser ofensiva y desprenderse de la protección civil, al menos la que involucra el asentamiento de los guerrilleros en un lugar determinado, ya que ello impide la proyección territorial necesaria para extender la revolución al resto del país, además de facilitar su localización por la contrainsurgencia. En consecuencia, la autodefensa priva a la guerrilla de su carácter revolucionario y la táctica militar que debe seguir en el campo, que para Debray es una guerra prolongada y de desgaste desatada por el foco. El error central en la interpretación del sociólogo francés fue criticar a las FARC en la base de su fortaleza histórica, en la defensa de su base social que le permitió resistir y seguir un rumbo diferente al del resto de los movimientos armados no sólo colombianos, sino también latinoamericanos.

10 Samuel Huntington, "Revolución y orden político" 260.

11 Esto sucedió con la primera generación de campesinos que arribó a las ciudades, puesto que esta percepción cambió a partir de la segunda generación, cuyo crecimiento y desarrollo se desarrolló ya en las ciudades y las otrora aspiraciones de sus padres fueron vistas como algo natural, por lo que buscaron ampliarlas, convirtiéndose en actores sociales que cuestionaron al sistema.

desearon cambiar radicalmente un sistema que les trajo una serie de beneficios contemplados en sus aspiraciones. En pocas palabras, los campesinos se conservadurizaron al trasladarse a la ciudad. La segunda representó la paradoja de las guerrillas inspiradas en el foco, puesto que éstas empezaron a operar en el campo en un momento donde el actor político estaba reduciéndose al migrar a la ciudad, entorno que empezó a ser percibido como un escenario de lucha más directa que la que se había desarrollado hasta entonces.

Este es el contexto histórico en el cual las guerrillas colombianas y latinoamericanas de los sesenta e inspiradas en el foco decidieron involucrarse más activamente en las principales ciudades del país. El cambio de escenario no significó el abandono de la lucha en el campo, que para muchos continuó siendo el epicentro de la revolución. El arribo de la violencia revolucionaria a las ciudades debe entenderse como el resultado de los cambios que se dieron dentro del espectro social, producto de un proceso modernizador excluyente que provocó una amplia gama de movilizaciones sociales, de las cuales las más radicalizadas optaron por la lucha armada, que buscó en las urbes ampliar su espectro político. Este proceso complicó la situación de las guerrillas, que a largo plazo las obligó a reestructurarse internamente, en algunos casos con resultados funestos.

LAS GUERRILLAS COLOMBIANAS Y LA VIOLENCIA REVOLUCIONARIA EN LAS CIUDADES

Pese a la inviabilidad práctica de usar las enseñanzas cubanas en el resto del continente, en varios países proliferaron focos insurreccionales, algunos de los cuales lograron establecerse con el tiempo al optar por otras tácticas militares. En el caso colombiano, nacieron con raigambre foquista el Movimiento Obrero Estudiantil Campesino 7 de Enero (MOEC), el Ejército de Liberación Nacional (ELN) y el Ejército Popular de Liberación (EPL). Junto a la insurgencia foquista procubana, donde el ELN fue el caso más ejemplificador de todo el continente, apareció el maoísmo y la defensa de la guerra popular prolongada, táctica que consistió en la creación de un ejército conformado por el pueblo, campesino en su mayoría, y dirigido por una vanguardia partidista que va consolidando lentamente su poder a través de la ocupación de territorios en donde va instaurando un gobierno de transición al socialismo que terminaría derrocando al régimen opresor.

Los primeros rastreos del maoísmo en Colombia se pueden hallar en el MOEC. Otras agrupaciones armadas que lo adoptaron fueron el Frente Unido de Acción Revolucionaria (FUAR) y el Partido Comunista Marxista Leninista (PC-ML), resultado de las escisiones del Partido Comunista Colombiano (PCC) al calor de la ruptura chino-soviética y cuyo brazo armado fue el EPL. Debe

rescatarse el hecho que, pese a seguir unos postulados ideológicos provenientes del mundo asiático, en la práctica al final adoptaron el foquismo como táctica militar, mostrando la enorme impronta que significó la experiencia cubana para los revolucionarios latinoamericanos.

Las acciones revolucionarias en las ciudades colombianas pueden clasificarse en tres grandes grupos: acciones violentas sin vínculos con algún movimiento armado, el trabajo político de masas y la violencia revolucionaria con nexos con las guerrillas del campo. El primer grupo se configuró a través de protestas violentas, entre ellas la colocación de explosivos de baja intensidad en edificios política y económicamente importantes como embajadas, clubes de comercio y recintos de justicia, las cuales si bien tenían un tinte político no lograron pasar de ser actos que denotaron inconformidad social respecto al orden sistémico. Realizados en su mayoría por universitarios, estos sucesos son difíciles de encontrarles algún móvil concreto debido a la falta de información amplia respecto a ellos.

El activismo político de masas se puede catalogar como revolucionario por su discurso radical respecto a la necesidad de cambiar la realidad y el sistema existente. Entre las acciones más comunes que realizó fue la difusión del pensamiento cubano y chino por medio de “publicaciones de incitación subversiva”, las cuales, según la postura del gobierno colombiano, “no tienen propósitos educativos, ni recreativos, [...] sino únicamente proselitismo e instrucción de tipo revolucionario subversivo (como guerra de guerrillas), instigación al odio sin reticencias ni medida y en síntesis el planteamiento de que solo la lucha armada podrá mejorar las condiciones de vida popular”.¹² Por lo general, el activismo político no estaba en contra de la violencia revolucionaria, si bien muchos de sus integrantes no tomaron las armas o simplemente no hicieron referencia alguna al uso de ésta como método transformador de la sociedad. Al final, ante la crisis y fracaso de la lucha armada, el activismo político demostró ser más eficaz y productivo que la violencia.

A lo largo de la década de los sesenta, diversos focos insurreccionales terminaron por asentarse en el territorio colombiano, dando origen a las guerrillas de influencia cubana y de ideología maoísta con uso de tácticas cubanas, como fue el caso del EPL. Estos grupos ejercieron sus principales actividades armadas en el campo, empero, las ciudades se presentaron, por los motivos ya expuestos, como puntos importantes para agilizar el triunfo de la revolución. En consecuencia, es posible observar un incipiente activismo de éstas dentro de las urbes, consistente

12 “Las publicaciones de incitación subversiva”, sin lugar, sin fecha. Archivo General de la Nación, Bogotá, Fondo Ministerio del Interior (antes de Gobierno), Sección Despacho del Ministro, Caja 120, Carpeta 894, Folio 104.

básicamente en propaganda política y en la obtención de recursos, acciones realizadas en ocasiones con violencia.

Para los gobiernos del Frente Nacional, la violencia revolucionaria en las ciudades poseyó un nivel de peligrosidad elevado cuando se encontró vinculada a una organización política y/o social que tuviese alguna relación con las guerrillas. Por ello procedieron a catalogar todo movimiento o protesta como subversivo y terrorista, categorizaciones que justificaron la represión estatal. El anticomunismo se presentó como el lineamiento que los gobiernos y la contrainsurgencia siguieron en la persecución de los movimientos sociales de la época, olvidando en ocasiones las causas concretas que originaron las protestas. Las Fuerzas Armadas sintetizaron los cambios de la violencia guerrillera y su incursión a las ciudades en las siguientes líneas:

Ante el fracaso de algunos movimientos armados en las zonas rurales por presión de las Fuerzas Armadas regulares, los simpatizantes y seguidores castristas, vienen siguiendo instrucciones de la Habana, para iniciar una nueva ola de violencia en los sectores urbanos del territorio nacional, como un acto de justificación a las erogaciones Cubanas.

De ahí que en los centros urbanos se viene desarrollando una labor intensa en la formación de jóvenes e integración de redes clandestinas en todos los frentes del sector público, tendiente a que en un futuro cercano se de comienzo a incursiones terroristas contra las autoridades, industrias y sus dirigentes, representaciones extranjeras, especialmente las delegaciones norteamericanas. A esta labor se dedican sectores universitarios de la extinta 'FUN', adeptos del ELN, MOEC y PCC-ML, quienes organizan a sus gentes en Comandos Urbanos.¹³

Los estudiantes aparecieron como el principal sector que nutrió la violencia en las ciudades, ahora mejor organizados y con fines políticos más claros. Su radicalidad aumentó bajo el gobierno de Carlos Lleras Restrepo (1966-1970), quien actuó con mano dura contra este sector social, suprimiendo la Federación Universitaria Nacional (FUN), el principal organismo de expresión de los estudiantes. Además, dictó varios decretos que minaron la autonomía universitaria y aumentaron las labores de espionaje dentro de las universidades en búsqueda de grupos que sirvieran de intermediarios entre las guerrillas y quienes los apoyaban en las ciudades.¹⁴

13 Junta de Inteligencia Nacional, "Boletín de la Junta de Inteligencia Nacional correspondiente a la reunión llevada a cabo el día 19 de noviembre de 1968", Bogotá-Colombia, 19 de noviembre de 1968. Archivo General de la Nación, Bogotá, Fondo Ministerio del Interior (antes de Gobierno), Sección Despacho del Ministro, Caja 97, Carpeta 732, Folio 20.

14 Citando un caso, el Ejército colombiano investigó la existencia de "organizaciones de fachada" que hacían labores de proselitismo político y de apoyo a las guerrillas dentro de la Universidad Nacional. Estos fueron los casos de grupos como "Bandera Roja", considerado cercano al EPL, o "El Comunero", de raigambre camilista y elenista, quienes publicaron artículos y revistas de corte "agitacional", entre las que se encontraron afinidades por la lucha armada. [Ejército Nacional,

Organizaciones procastristas como el ELN y el maóista EPL fueron los grupos insurgentes que más se arraigaron en las ciudades durante los sesenta. En lo referente a las primeras, las demandas de las guerrillas procastristas colombianas se centraron en la caída de las oligarquías que conformaron el Frente Nacional, cuya cerrazón política fue vista como un acto de corrupción contra el pueblo, al que se le impedía el justo derecho de tomar las riendas de su propio destino, la expulsión de todo rastro del imperialismo estadounidense en el país, considerado la principal afronta para lograr la verdadera independencia, y la defensa de la soberanía nacional contra toda injerencia extranjera que tuviera tintes colonialistas, demanda que se observó, por ejemplo, en el ELN y la defensa de los recursos naturales, tema que si bien desarrolló ampliamente hasta los ochenta, con campañas como *Despierta Colombia... nos están robando el petróleo*, tiene sus orígenes en los sesenta a partir de la interrelación entre los anhelos de lucha por la soberanía nacional y la autodeterminación de los pueblos.¹⁵

Al representar Cuba el modelo a seguir para los foquistas, se buscó el apoyo del gobierno de Castro para la implantación de focos insurreccionales a lo largo de Latinoamérica. Uno de aquellos grupos que buscaron la ayuda cubana fue la “Brigada pro-liberación José Antonio Galán”, constituida en 1962 y que dio origen al ELN. Los apoyos recibidos crearon la idea de que Castro siempre apoyaría toda acción armada y les brindaría ayuda en cualquier momento que la necesitaran,¹⁶ si bien ello no significó que el líder cubano comandara estos grupos como lo llegaron a creer en su momento las Fuerzas Armadas y el gobierno colombiano. Este apoyo quedó demostrado en un caso que sonó internacionalmente: el secuestro de dos aviones de Avianca el 22 de septiembre de 1968.

Considerados como el mayó acto de “piratería aérea” en la historia de la aviación comercial hasta ese momento,¹⁷ los hechos sucedieron cuando un Boeing 727 y un DC-4 fueron secuestrados tras despegar de Barranquilla. El Boeing fue desviado hacia el aeropuerto cubano de Camagüey, mientras el DC-4, después de recorrer la costa caribeña hasta Maicao, fue conducido a la ciudad de Santiago de Cuba. El mismo día del secuestro, el Boeing retornó a Barranquilla, mientras el

“Organizaciones de fachada del Partido Comunista en la Universidad Nacional”, Bogotá-Colombia, sin fecha. Archivo General de la Nación, Bogotá, Fondo Ministerio del Interior (antes de Gobierno), Sección Despacho del Ministro, Caja 120, Carpeta 894, Folio 13.]

15 Pedraza Vargas, Oscar Humberto. “El ejercicio de la liberación nacional: ética y recursos naturales en el ELN” *Una historia inconclusa. Izquierdas políticas y sociales en Colombia* (Bogotá: Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP), 2009) 232-233.

16 A lo largo de los sesenta, el régimen cubano apoyó todo foco insurgente latinoamericano posible, justificando su actuar en la lucha por la liberación del continente. Sin embargo, México fue la excepción a la regla. Mientras los países de la región le daban la espalda al gobierno socialista cubano, el gobierno mexicano decidió mantener relaciones diplomáticas con la isla y fue el único país que voto contra la expulsión de Cuba de la Organización de Estados Americanos (OEA), decisión que fue encabezada por el gobierno colombiano de Alberto Lleras Camargo (1958-1962). Como respuesta a estas acciones solidarias, Castro no intervino en la política interna de México ni apoyó la formación de focos guerrilleros en él.

17 “Secuestrados dos aviones de Avianca”. *El Tiempo*, Bogotá, lunes 23 de septiembre de 1968, p. 1A.

DC-4 espero un poco más en búsqueda de condiciones climáticas óptimas para el vuelo. Los autores, quienes se quedaron en Cuba, secuestraron en total a 139 pasajeros más la tripulación de las aeronaves.

El mismo día de los secuestro se descubrió que sus autores eran simpatizantes del gobierno de Fidel Castro. El secuestrador del Boeing 727 fue identificado como Ramón García Mallorca, cuyos hermanos Fernando y Joaquín habían secuestrado, el 9 de septiembre del año anterior, otro avión comercial que también fue desviado a Cuba. Según la información dada a conocer al público, los hermanos García Mallorca habían formado un comité procastrista en la comunidad de Guamal, donde “por espacio de dos años estuvieron adoctrinando a muchos de sus coterráneos”.¹⁸ El sastre Carlos Londoño fue el autor del secuestro del DC-4, acusado de pertenecer al movimiento castrista de la Costa Norte de Colombia. A su vez, Londoño era miembro de un grupo intermediario entre el gobierno cubano y los focos guerrilleros procastristas, a los cuales abastecían de armas y otros recursos.¹⁹

Si bien los móviles de estos sucesos no son del todo claros, es de suponer que buscaron llamar la atención con un golpe mediático de gran trascendencia que acelerara el triunfo revolucionario, un accionar característico de las futuras guerrillas urbanas. Su lógica se halla en los constantes fracasos de las guerrillas rurales en tomar el poder, tal como sucedió en este caso donde los grupos a los que pertenecieron los secuestradores no lograron formar focos insurgentes en la costa del Caribe. En consecuencia, como una medida radical de violencia revolucionaria gestada en el entorno urbano, estos individuos procedieron al secuestro de aviones, una práctica que comenzó a ser temida en todo el mundo.

De los grupos armados que adoptaron el foco guerrillero, fue el ELN quien mejor se desarrolló en estos años. Liderado por Fabio Vázquez Castaño, el primer foco del ELN se ubicó en San Vicente de Chucurí, Departamento de Santander, a mediados de 1964, naciendo formalmente el grupo guerrillero el 4 de julio, si bien fue conocido públicamente hasta la toma de Simacota el 7 de enero de 1965. Desde su nacimiento, el trabajo urbano fue de vital importancia para el ELN, quizás más que para alguna de las otras guerrillas del momento. Ello se debió a que su principal componente social, además de los campesinos que llegaron a unirse, provino de sectores juveniles y universitarios, de donde salieron figuras destacadas como Jaime Arenas, Ricardo Lara Parada y el cura Camilo Torres.

18 “Ramón García, Secuestrador del Jet 1401”. *El Tiempo*, Bogotá, lunes 23 de septiembre de 1968, p. 7A.

19 “Carlos Londoño, Autor del Secuestro del DC-4”. *El Tiempo*, Bogotá, lunes 23 de septiembre de 1968, p. 7A.

La violencia revolucionaria en las ciudades le causó problemas al ELN, algunos de ellos aún incluso antes de que se diera a conocer públicamente. Esto ocurrió en septiembre de 1964, cuando Víctor Medina Morón, uno de los integrantes de la Brigada, fue descubierto por las autoridades tras una serie de atentados realizados en Bucaramanga y Bogotá contra los Institutos Colomboamericanos, huyendo del entorno urbano y obligado a adentrarse a las montañas con la guerrilla, cuya presencia generó dos contradicciones internas que maduraron con el tiempo y que trajeron funestas consecuencias para la organización: la división entre lo urbano y lo rural, por un lado, y entre lo político y lo militar por el otro.²⁰

El ELN constituyó núcleos urbanos cuya violencia desatada tuvo como propósito reducir el hostigamiento militar al que era sometida la guerrilla en el campo, además de servir como elemento cohesionador dentro de la premisa ideológica de “liberación o muerte”, para lo cual se procedió a la creación de redes urbanas de ajusticiamiento contra aquellos individuos considerados traidores a la causa, principalmente los desertores, tal como sucedió con Samuel Martínez, ex dirigente sindical petrolero que desertó de la guerrilla después de la toma de Simacota y que fue ejecutado por la red urbana del ELN en Barrancabermeja.²¹

El sacerdote Noel Olaya destacó entre los individuos que formaron parte del accionar urbano del ELN. Olaya fue considerado por los militares como uno de los principales elementos del aparato logístico del ELN en la ciudad de Bogotá, cuya área de influencia abarcó varios barrios de la capital, con la posibilidad de extenderse a otras ciudades del país. El grupo que trabajó para Olaya estaba compuesto por obreros, estudiantes y “elementos femeninos”, algunos de ellos mandados a Cuba para ser entrenados y recibir instrucción en operaciones clandestinas dentro de las ciudades.²²

Pese a los casos donde se presentaron actos de violencia, para el ELN resultó más fructífero el trabajo político de masas que desarrolló en las ciudades. Para ello fue fundamental la figura de Camilo Torres, sacerdote y sociólogo que tras un proceso de radicalización política se integró al ELN. Antes de adentrarse a las montañas, Torres sirvió a la guerrilla como militante “en comisión en la ciudad”,²³ es decir, tuvo como propósito conseguir gente afín a la guerrilla para que se integrara a sus cuadros de apoyo, además de la labor de crear conciencia en la socie-

20 Carlos Medina Gallego, “FARC-EP y ELN. Una historia política comparada (1958-2006)” Tesis Doctorado en Historia, Universidad Nacional de Colombia, 2010, 198-199. Disponible en: <<http://www.bdigital.unal.edu.co/3556/1/469029.2010.pdf>> (22 de noviembre de 2011).

21 Carlos Medina Gallego, “FARC-EP y ELN. Una historia política comparada (1958-2006)” 205.

22 Fuerzas Militares de Colombia, “Boletín de la Junta de Inteligencia Militar correspondiente a la semana correspondida entre el 29 de octubre y el 5 de noviembre de 1969”, Bogotá-Colombia, 5 de noviembre de 1969. Archivo General de la Nación, Bogotá, Fondo Ministerio del Interior (antes de Gobierno), Sección Despacho del Ministro, Caja 120, Carpeta 894, Folio 80.

23 Walter J. Broderick, *Camilo Torres Restrepo*. (Bogotá: Planeta, 1996) 330.

dad sobre lo necesario que era tomar las armas para transformar al país. Su muerte, ocurrida en Patio Cemento el 15 de febrero de 1966, fue utilizada hábilmente por el ELN, quien la monopolizó como parte de su mitificación revolucionaria.

La apropiación de la muerte de Camilo Torres le trajo a la guerrilla resultados positivos en las ciudades, puesto que varios sacerdotes y jóvenes universitarios, que veían en la figura del cura un modelo de vida, decidieron convertirse en militantes. Dentro del ambiente universitario se formaron los llamados Comités Camilistas, encargados de realizar trabajo político en universidades y barrios, muchos de ellos pertenecientes a los “cinturones de miseria”, intentando canalizar simpatías por el ELN. Estos ejemplos muestran cómo para esta guerrilla fue más eficaz el trabajo político que los actos de violencia en las ciudades, si bien esto no la salvó de sus contradicciones internas y de la acción contrainsurgente que casi la aniquiló en la Operación Anorí en 1973.

De los grupos de tendencia maoísta, el EPL fue quien mayor raigambre tuvo en las ciudades. La crisis interna que sufrió el PCC a inicios de los sesenta terminó por generarle varias escisiones, siendo la más importante de ellas la “reestructuración” del partido, que ahora se llamaría Partido Comunista de Colombia-Marxista Leninista (PCC-ML o simplemente PC-ML), que nació en Medellín en 1964 y que abogó por la lucha armada siguiendo la táctica maoísta de guerra popular prolongada, si bien en la práctica adoptó el foquismo y una férrea postura ortodoxa que, con el tiempo, le fue perjudicial.

El PC-ML consideró negativo para el triunfo revolucionario que la lucha armada se desarrollara en las ciudades. El máximo dirigente del EPL en sus inicios, Pedro Vázquez Rendón, cuestionó la orientación “fundamentalmente urbana de la lucha armada” que tenían algunos miembros del partido.²⁴ Como resultado, se buscó implantar focos insurgentes en varias zonas del país, estableciéndose finalmente en el Alto Sinú, Departamento de Antioquia, y en San Jorge, Departamento de Córdoba, el cual era conocido dentro de la organización como “El Noro”. Fue en estos puntos de arraigo donde, en diciembre de 1967, se constituyó formalmente el EPL.

El EPL se caracterizó por una ortodoxia radical, considerando traidor a todo aquel que no estuviese de acuerdo con la lucha armada, lo que significó la expulsión de varios de sus integrantes en los años siguientes. Junto a la adopción del foquismo, el PC-ML decidió pasar a la clandestinidad, hecho que lo aisló tanto a él como a su brazo armado de su base social, provocando la primera crisis interna del EPL tras caer en combate Vázquez Rendón a finales de la década, quien

24 Citado en Álvaro Villarraga S y Nelson R. Plazas N. *Para reconstruir los sueños. Una historia del EPL*. (Bogotá: Fondo Editorial para la Paz, Fundación PROGRESAR, Fundación CULTURA DEMOCRÁTICA, 1995) 40.

operaba en las afueras de Medellín y cuya muerte fue dada a conocer al público por el Partido con el ánimo de exhortar a los militantes a luchar contra las “oligarquías Ospino-Lleristas” y vengarlo en nombre del proletariado, los campesinos, los estudiantes y los “verdaderos patriotas”.²⁵

El PC-ML y el EPL consideraron que el campo era el centro de la lucha revolucionaria, el lugar donde se necesitaba que brillaran los “fusiles del pueblo”, mientras que la labor en las ciudades debía agilizar el triunfo en el campo. Debido a su percepción negativa de la lucha armada en las ciudades, el accionar del EPL en éstas consistió principalmente en un activismo político radical que no generó actos de violencia notables. Este proselitismo se basó en la difusión de las actividades del grupo guerrillero mediante boletines y folletos, en su mayoría elaborados en Medellín por Guillermo Puyana Mutis, quien fue vigilado por los militares por sus constantes llamamientos a la violencia contra el gobierno, “para que en cada barrio, fábrica, vereda, escuela, caserío, etc., se constituyan comités de defensa popular y cabildos abiertos para organizar y dirigir al pueblo en la lucha”.²⁶

En contraste a su trabajo político, las acciones violentas del EPL en las ciudades no fueron frecuentes y su impacto mediático fue mínimo. El gobierno colombiano las consideró simples actos desesperados de terrorismo ante el fracaso armado de los focos rurales, pues a su consideración “la nueva ola de atentados terroristas que se vienen registrando en el país en los últimos días, indican que las fuerzas extremistas que controla el PCC-ML, ante su fracaso en zonas rurales, trata de organizar gente que se dedique al terrorismo y a actividades urbanas tratando de conseguir un apoyo a sus grupos en armas.”²⁷

A MODO DE CONCLUSIÓN

La experiencia colombiana de los grupos armados que desarrollaron la violencia revolucionaria en las ciudades durante los sesenta permite observar que sus acciones fueron poco frecuentes, pues el campo era el centro de la lucha, atendiendo la necesidad de penetrar en el espacio urbano cuando los focos rurales empezaron a ser derrotados. Para desgracia de las guerrillas, la actividad armada en las ciudades les generó más problemas que beneficios, situación visible en el

25 Policía Nacional, “Boletín para la Junta de Inteligencia Nacional No. 013.”, Bogotá-Colombia, 15 de abril de 1969. Archivo General de la Nación, Bogotá, Fondo Ministerio del Interior (antes de Gobierno), Sección Despacho del Ministro, Caja 120, Carpeta 894, Folio 108.

26 Fuerzas Militares de Colombia, “Boletín de la Junta de Inteligencia correspondiente a la reunión llevada a cabo el día 28 de enero de 1969”, Bogotá-Colombia, 31 de enero de 1969. Archivo General de la Nación, Bogotá, Fondo Ministerio del Interior (antes de Gobierno), Sección Despacho del Ministro, Caja 117, Carpeta 881, Folio 276.

27 Junta de Inteligencia Nacional, “Boletín de la Junta de Inteligencia Nacional correspondiente a la reunión llevada a cabo el día 22 de octubre de 1968”, Bogotá-Colombia, 22 de octubre de 1968. Archivo General de la Nación, Bogotá, Fondo Ministerio del Interior (antes de Gobierno), Sección Despacho del Ministro, Caja 97, Carpeta 732, Folio 72.

ELN, donde la violencia urbana que desataron sus cuadros puso en peligro la ubicación de la guerrilla al ponerse sus militantes en evidencia. Sus escasos resultados fueron claros frente al proselitismo político que consiguió mayor adhesión en los cuadros urbanos y frente a la actitud del gobierno y las fuerzas del orden que las consideraron medidas desesperadas ante el fracaso de los focos rurales.

La percepción gubernamental tiene su razón de ser en la crisis interna que vivieron las guerrillas a finales de los sesenta e inicios de los setenta. En el caso del ELN, a partir de 1967 se agudizaron una serie de conflictos internos que culminaron en complots, traiciones y asesinatos entre los integrantes de la organización. Las contradicciones internas fueron resueltas por la vía militar que, mediante fusilamientos y la “vigilancia revolucionaria” de sus militantes, logró que el ELN obtuviera un relativo auge a costa del abandono del trabajo político de masas, lo que condujo a un “cierre de seguridad” que lo aisló de la sociedad y lo dejó sin vínculos con los sectores urbanos que antes lo nutrieron. Este aislamiento fue fatídico cuando se realizó la Operación contrainsurgente de Anorí entre agosto y octubre de 1973, en donde la guerrilla tuvo 27 bajas junto a un gran número de capturas y deserciones,²⁸ perdiendo cerca de un tercio del total de sus fuerzas.

El EPL fue víctima de la férrea ortodoxia de sus líderes y de la inexperiencia militar de sus miembros. Se obligó a la dirección del PC-ML a acompañar a la guerrilla al campo, lo que no agradó a muchos, por lo que se procedió a la expulsión de varios de sus integrantes que, junto con la clandestinidad a la que se sometió al partido, aisló a la guerrilla de sus necesarios contactos en las ciudades. La inexperiencia militar provocó que en el cerco que el Ejército realizó contra “El Noro” en 1968, el EPL perdiera a Vázquez Rendón y que, para finales de los sesenta, su Comité Central quedara reducido a seis personas, erigiéndose Pedro León Arboleda como el nuevo líder de la organización hasta su muerte en 1975.

La situación de las guerrillas colombianas a finales de los sesenta formó parte de lo que considero la primera crisis de la lucha armada en América Latina, producto de los fracasos insurgentes y del reconocimiento de la ineficacia de la experiencia cubana para el resto del continente. Los movimientos insurreccionales se dieron cuenta tardíamente que las condiciones para implantar un foco en el continente no eran favorables como lo fue en Cuba, ni que el voluntarismo era suficiente para derrotar a los ejércitos nacionales, los cuales, en su lucha contrainsurgente, se fortalecieron y sofisticaron. Estos fracasos llevaron a un serio replanteamiento respecto a las tácticas que debía seguir la lucha armada en el continente. Una de ellas fue la concesión de un papel primordial a la violencia

²⁸ Carlos Medina Gallego, “FARC-EP y ELN. Una historia política comparada (1958-2006)” 355.

revolucionaria en las ciudades, que devino en la formación de las guerrillas urbanas de los setenta, algunas de las cuales poseyeron un discurso menos ortodoxo y dogmático en comparación a las guerrillas rurales del decenio anterior, lo que se tradujo en un mayor interés y apoyo social hacia éstas. Este fue el caso del Movimiento 19 de Abril (M-19).

En conclusión, la violencia revolucionaria que vivieron las ciudades de Colombia y de Latinoamérica durante los sesentas ocupó un papel secundario dentro del espectro de la lucha armada que tuvo al campesino y a la guerrilla rural como su vanguardia. Sus acciones buscaron ser una función distractora del verdadero escenario de lucha que era el campo. Será necesaria la crisis del foquismo guerrillero para darle a la ciudad un papel más importante dentro de la violencia armada. El resultado fue el desplazamiento de la insurgencia del campo a la ciudad, que no significó la desaparición de las operaciones en el primero, sino sólo la reestructuración de principios y estrategias que permitieron a la violencia revolucionaria vivir en el imaginario de las izquierdas por dos décadas más, hasta que en los años ochenta empezó a gestarse un desencanto respecto a esta forma de lucha.

REFERENCIAS

DOCUMENTOS

“Carlos Londoño, Autor del Secuestro del DC-4”. *El Tiempo*, Bogotá, lunes 23 de septiembre de 1968, 7A pp.

Ejército Nacional. “Organizaciones de fachada del Partido Comunista en la Universidad Nacional”, Bogotá-Colombia, sin fecha. Archivo General de la Nación, Bogotá, Fondo Ministerio del Interior (antes de Gobierno), Sección Despacho del Ministro, Caja 120, Carpeta 894, Folio 13.

Fuerzas Militares de Colombia. “Boletín de la Junta de Inteligencia correspondiente a la reunión llevada a cabo el día 28 de enero de 1969”, Bogotá-Colombia, 31 de enero de 1969. Archivo General de la Nación, Bogotá, Fondo Ministerio del Interior (antes de Gobierno), Sección Despacho del Ministro, Caja 117, Carpeta 881, Folios 275-280.

_____, “Boletín de la Junta de Inteligencia Militar correspondiente a la semana correspondida entre el 29 de octubre y el 5 de noviembre de 1969”, Bogotá-Colombia, 5 de noviembre de 1969. Archivo General de la Nación, Bogotá, Fondo Ministerio del Interior (antes de Gobierno), Sección Despacho del Ministro, Caja 120, Carpeta 894, Folios 79-82.

Junta de Inteligencia Nacional, “Boletín de la Junta de Inteligencia Nacional correspondiente a la reunión llevada a cabo el día 19 de noviembre de 1968”, Bogotá-Colombia, 19 de noviembre de 1968. Archivo General de la Nación, Bogotá, Fondo Ministerio del Interior (antes de Gobierno), Sección Despacho del Ministro, Caja 97, Carpeta 732, Folios 19-25.

_____, “Boletín de la Junta de Inteligencia Nacional correspondiente a la reunión llevada a cabo el día 22 de octubre de 1968”, Bogotá-Colombia, 22 de octubre de 1968. Archivo General de la Nación, Bogotá, Fondo Ministerio del Interior (antes de Gobierno), Sección Despacho del Ministro, Caja 97, Carpeta 732, Folios 71-77.

“Las publicaciones de incitación subversiva”, sin lugar, sin fecha. Archivo General de la Nación, Bogotá, Fondo Ministerio del Interior (antes de Gobierno), Sección Despacho del Ministro, Caja 120, Carpeta 894, Folios 102-106.

Policía Nacional, “Boletín para la Junta de Inteligencia Nacional No. 013.”, Bogotá-Colombia, 15 de abril de 1969. Archivo General de la Nación, Bogotá, Fondo Ministerio del Interior (antes de Gobierno), Sección Despacho del Ministro, Caja 120, Carpeta 894, Folios 107-113.

“Ramón García, Secuestrador del Jet 1401”. *El Tiempo*, Bogotá, lunes 23 de septiembre de 1968, 1A y 7A pp.

“Secuestrados dos aviones de Avianca”. *El Tiempo*, Bogotá, lunes 23 de septiembre de 1968, 1A y 8A pp.

BIBLIOGRAFÍA

Archila Neira, Mauricio. *Idas y venidas, vueltas y revueltas. Protestas sociales en Colombia, 1958-1990*, Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Centro de Investigación y Educación Popular, 2008, 508.

Broderick, Walter J. *Camilo Torres Restrepo*, Bogotá: Planeta, 1996, 458.

Debray, Régis. “¿Revolución en la revolución?” *Ensayos sobre América Latina*, Distrito Federal: Ediciones ERA, 1981, 163-260.

Gilman, Claudia. *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina, 2003, 403.

Huntington, Samuel. “Revolución y orden político” en *El orden político en las sociedades de cambio*, Barcelona: Paidós, 2001, 236-302 .

Medina Gallego, Carlos. “FARC-EP y ELN. Una historia política comparada (1958-2006)” (Tesis Doctorado en Historia, Universidad Nacional de Colombia, 2010), 1057 pp. Disponible en: <http://www.bdigital.unal.edu.co/3556/1/469029.2010.pdf> (22 de noviembre de 2011).

Palacios, Marco. “País de ciudades” *Colombia. País fragmentado, sociedad dividida. Su historia*, Bogotá: Grupo Editorial Norma, 2002, 547-580.

Pedraza Vargas, Oscar Humberto. “El ejercicio de la liberación nacional: ética y recursos naturales en el ELN” *Una historia inconclusa. Izquierdas políticas y sociales en Colombia*, Bogotá: Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP), 2009, 215-248.

Villarraga S., Álvaro y Nelson R. Plazas N. *Para reconstruir los sueños. Una historia del EPL*. Bogotá: Fondo Editorial para la Paz, Fundación PROGRESAR, Fundación CULTURA DEMOCRÁTICA, 1995, 470.